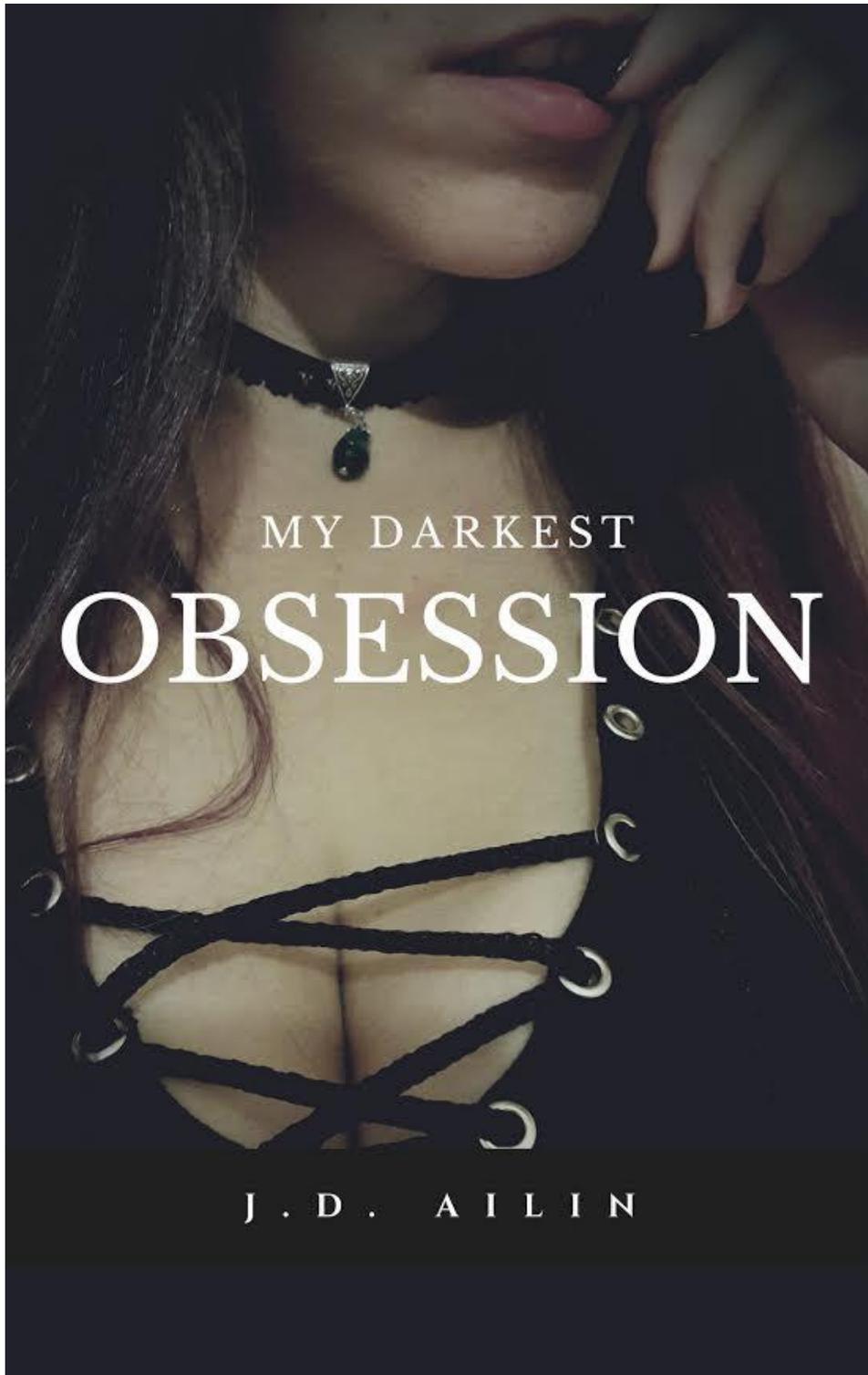


My Darkest Obsession - Capítulos 1 al 7

J.D. Ailín



## Capítulo 1

Llegué a la casa de Luna pasadas las nueve y media de la noche, justo a tiempo para ayudarla a terminar con los preparativos de su cumpleaños. Ni bien bajé del taxi y puse un pie en la acera, la música a todo volumen invadió mis oídos y me transportó a una adolescencia llena de fiestas y rebeldías. Ahora, pisándole los talones a los treinta, sentí que esa época revivía en mi mente y me cargué de un buen humor efímero. ¿Quién diría que mis músculos recordarían los pasos de baile con los que tanto los torturé cuando era chica?

Me encaminé hacia la entrada y por un momento me maldije por haberme puesto unos tacos tan altos, cuya punta no dejaba de enterrarse entre los adoquines del camino empedrado que llevaba hacia la puerta. Una o dos veces me torcí el tobillo y lancé más de un insulto, que rápidamente se propagó y desapareció entre los sonidos psicodélicos de la música electrónica. Cuando al fin llegué, toqué el timbre tres veces, haciendo durar la última más de lo normal.

— ¡Ya voy! —escuché al otro lado de la puerta.

El manajo de llaves golpeó el bronce de la cerradura dos veces. Luego la puerta se abrió y mi mejor amiga apareció detrás de ella, con el cabello envuelto en una toalla húmeda y a medio vestir.

—Hola Gab.

— ¡Estás loca! Métete adentro que te van a ver desde China —la regañé, conteniendo una carcajada. — ¿Medias de red? ¡¿En serio?!

Luna tomó mi mano, me arrastró dentro de la casa y cerró la puerta detrás de mí.

— ¿Qué tienen de malo mis medias? —hizo un mohín mientras daba una vuelta para mí, pavoneándose con su cuerpo finamente tallado por los dioses.

La verdad es que esas medias no tenían nada de malo; de hecho, hacían que sus piernas se vieran más largas y su trasero más redondo.

—Lo que tienen de malo es que robarán la atención de todos los hombres...y no dejarás ninguno para mí —la observé, entrecerrando mis ojos.

—No exageres —rió, dándome la espalda y caminando hacia su alcoba. Yo la seguí. —Además, tú no tienes nada de qué quejarte —buscó mi mirada por encima de su hombro y sonrió. —Estás muy guapa hoy. Ese vestido

bordó se te ve muy bien.

—Gracias —puse los ojos en blanco, sin poder evitar ruborizarme. —Dime ¿vas a ponerte algo más, o piensas salir como bailarina exótica a recibir a tus invitados?

—No es tan mala idea...

— ¡Luna! —me carcajeé.

—Aunque creo que mejor me ayudas a escoger ¿vale?

Nos tomó al menos media hora decidir el vestido que iba a ponerse Luna en su cumpleaños número veintinueve. Al final, escogimos uno negro y corto, entallado en la cintura y con un escote en "V" que dejaba poco a la imaginación. La ayudé a subirse el cierre y luego me pidió que empezara a servir los snacks mientras ella se secaba el cabello.

En la cocina no había un alma. Los padres de Luna se habían ido de viaje y no regresarían hasta el domingo por la noche, así que le dieron luz verde para que tire la casa por la ventana, siempre y cuando la deje completamente impecable para su regreso.

Como había pasado muchas tardes de mi adolescencia en ese lugar, sabía exactamente dónde estaban las cosas en la cocina como si fuera mi propia casa. Busqué los bowls pequeños en el estante de la alacena del medio; luego los vasos descartables y algunos platos en la de la derecha, y dejé todo sobre la mesada. Luego tomé las bolsas de snacks y empecé a servirlos en los bowls, robando de vez en cuando alguna que otra papa frita para calmar el hambre que tenía.

A las diez y cuarto la puerta principal se abrió y entró Jack, el hermano menor de Luna y mi peor pesadilla.

—Gabriella —me saludó. Mi nombre en sus labios siempre sonaba a las más excitantes sinfonías. Cuando me llamaba, lo hacía con una voz tan grave que lograba estremecerme por dentro...y él lo sabía.

—Jack —lo saludé de igual forma, apenas girándome a verlo antes de seguir sirviendo las papas.

Habían pasado tres tortuosos meses desde la última vez que nos cruzamos, la vez que decidimos dejar de vernos a solas. Desde entonces, evitarlo se había convertido en un deporte extremo; y hoy, había perdido la jugada.

—Tiempo sin verte —dijo, acercándose a mí. No volteé a verlo, pero sentí el calor de su presencia y todo mi cuerpo se paralizó. No podía moverme.

No podía respirar. Me limité a asentir, cabizbaja, y casi podía jurar que estaba esbozando una de esas sonrisas galantes que me volaban la cabeza.

Él, ante mi silencio, acertó un poco más la distancia y estiró su brazo para robar una papa frita del bowl. Su cuerpo estaba casi pegado al mío y el aroma de su loción me llenó de todos esos gratos recuerdos a su lado.

Me giré lentamente y lo enfrenté. Estaba endemoniadamente guapo, con su cabello oscuro muy corto a los costados y más largo arriba. Sus ojos café escudriñaron los míos antes de desviarse un momento hacia mi escote.

Le llevaba cuatro años y medio de edad, aunque él aparentaba tener más años, quizás por ser tan alto y musculoso o porque había madurado a una edad temprana. La cosa es que esos cuatro años y medio a mí se me hacían como una eternidad, mientras que él parecía ignorarlo por completo. Y es por eso que la relación no funcionó, por eso y por miedo. Aún así yo lo deseaba; lo deseaba tanto que aparecía cada noche en mis sueños y me hacía el amor con tanta brutalidad que me despertaba jadeando y con las bragas empapadas.

—Estás muy guapa —susurró. Yo me estremecí.

—Gracias —fingí la falta de interés. — ¿Puedes llevar esto a la mesa?  
—tomé dos bowls repletos y se los encajé en las manos. Él curvó la comisura de sus labios y se alejó, dejando que el aire volviera a mis pulmones. Cuando regresó, lo hice llevar los vasos y las servilletas; luego los sándwiches; luego pensé en cualquier actividad que lo mantuviera alejado hasta que apareciera su hermana. Él nunca era el mismo cuando había más personas; la oscuridad de su alma solía esconderse detrás de un velo de amabilidad y responsabilidad que era tan falso como mis ganas de tenerlo lejos.

Finalmente, me encerré en el baño; no podía soportar la forma en que mi corazón se agitaba cuando él estaba cerca. Me acerqué a la bachea y me lavé las manos, como si de esa forma pudiera dejar fluir el deseo y verlo perderse en un torbellino sin fin, directo en la cañería. Cuando alcé la mirada y contemplé mi imagen en el espejo, me di cuenta de cuán ruborizada estaba.

—Carajo... —musité, abanicándome con la toalla de mano. Y ahí me quedé, encerrada hasta que oí la voz de Luna del otro lado de la puerta.

—Gab...¿Te falta mucho? Aún tengo que maquillarme y los invitados caen a las once

—N...no, ya salgo —tiré de la cadena del retrete para disimular y salí para

dejarle el lugar. Ella me miró y ladeó el rostro con expresión de sospecha.

— ¿Te encuentras bien?

—Si...si, claro.

—Mmh. Vale.

La puerta se cerró detrás de mí y yo suspire, lanzando en una sola bocanada todo el aire acumulado en mis pulmones. Regresé a la alcoba de Luna y me senté en la cama a revisar los mensajes de mi móvil y a confirmar la dirección a nuestros despistados compañeros de la universidad. Pocos minutos después, mi amiga atravesó el umbral y giró sobre sus tacones para enseñarme lo bien que le quedaba el vestido que habíamos escogido.

—Te odio —le dije riendo. Ella me abrazó.

— ¿De qué te quejas? Al menos tu tienes pechos...—señaló. —Oye, necesito que me subas algunas sillas del sótano mientras termino de acomodar la sala. ¿Puedes hacerlo?

—Claro.

Salimos de la alcoba y nos dividimos; ella hacia la sala, yo al sótano. Encendí la luz, que se encontraba justo a mi izquierda, y bajé cuidadosamente las escaleras pues lo último que deseaba era romperme una pierna. Encontré las sillas apiladas en una de las esquinas del sótano, justo al lado del lavarropas. Me disponía a separarlas, cuando Jack apareció bajando las escaleras.

—Mi hermana me ha mandado a ayudarte —se excusó, esbozando esa estúpida y encantadora sonrisa.

—Vale, yo las separo y tú las subes —le dije, tomando la primera, con algo de esfuerzo, y pasándosela.

Lo vi ir y venir cinco veces. Subía las escaleras con agilidad y sin esfuerzo alguno, y es que sus brazos musculosos estaban acostumbrados a cargar cosas pesadas. Recordé cuando, una vez en el hotel, me levantó en sus brazos y me sostuvo en el aire mientras lo hacíamos. Jamás lo había hecho de esa forma; ni siquiera pensaba que fuera humanamente posible. Pero él lo hizo...me levantó por las caderas y me embistió con fuerza. Así era nuestra pasión: oscura, prohibida y sedienta de violencia.

Jack regresó por la última silla; se la pasé, pero él no la tomó. En lugar de eso, acortó la distancia entre nosotros. Yo retrocedí; su mirada lasciva me

devoraba.

—Dijimos que nada más pasaría entre nosotros... —susurré, con un hilo de voz.

—Lo sé —se encogió de hombros y avanzó otro paso. Yo volví a retroceder, hasta que mi trasero chocó contra el lavarropas y quedé acorralada entre éste y Jack. —Pero no sabes cuánto te deseo, Gabriella...

—Ya déjate de tus estupideces —musité. Mi corazón golpeó con fuerza mi pecho, obligándome a contener el aliento.

— ¿Estupideces? —bufó. Sus manos varoniles se aferraron a los bordes del lavarropas, aprisionándome en medio. Acercó su rostro al mío, lo suficiente como para sentir su cálido aliento sobre mi piel. — ¿Qué acaso no me deseas también, Gab?

—Mucho... —admití dolida. Mis ojos se cargaron de lágrimas de impotencia. Quería ser fuerte, más no podía hacerlo.

—Entonces deja de esconderte.

Acortó la distancia y besó mis labios; me besó a pesar de la promesa que habíamos hecho. Y yo, tan basura como él, cerré mis ojos y respondí al beso con fruición. Elevé mis manos y las entrelacé detrás de su nuca; abrí mi boca y él introdujo su lengua hasta alcanzar la mía, la acarició lentamente, una y otra vez, en una danza pasional y peligrosa. Sus manos abandonaron los bordes del lavarropas para atrapar mis muslos desnudos, y subieron sin pudor alguno hasta mi trasero, arrastrando consigo la tela del vestido. Apretó sus dedos y yo gemí contra sus labios, alimentando su lascivia.

Jack no conocía límite alguno y tampoco le importaban demasiado. Aún consciente de que estábamos en el sótano, y que Luna andaba merodeando por la casa, buscó este contacto desde el momento en que cruzó la puerta de la entrada. Lo sé porque él es más débil que yo...porque nunca ha podido contenerse. Pero lo nuestro era como las piezas de un dominó: ni bien empujas la primera, las demás caen automáticamente. Y yo...era la segunda pieza.

—Basta —susurré, con la boca enrojecida y húmeda por sus besos.

— ¿Por qué? —reprochó contra mis labios. Sus dedos escurridizos alcanzaron mis bragas y se escabulleron debajo de éstas, encontrando la prueba de mi excitación. —No pareces muy convencida de querer que me detenga —empujó uno de sus dedos en mi interior; me arqueé y gemí.

—Por favor —le supliqué. Su prominente erección se presionaba contra mi vientre. —No hoy...no aquí, Jack.

Él suspiró, cerró sus ojos y se relamió los labios antes de separarse. Yo me recargué contra el lavarropas, completamente debilitada, y presioné los muslos para intentar calmar mi ansiedad.

—Está bien —dijo finalmente. Se limpió las manos en una toalla que había dentro del cesto de la ropa sucia, se acomodó la erección dentro de los pantalones y tomó la silla antes de salir del sótano.

Así de fácil era...él apenas me tocaba y yo ya me deshacía por dentro. No recuerdo la primera vez que descubrí la existencia de este deseo, sólo sé que, desde que nos besamos por primera vez, nada volvió a ser lo mismo.

## Capítulo 2

¿En qué momento se fue todo a la mierda?

Aún recuerdo cómo empezó todo; recuerdo el día en el que un simple juego de seducción terminó convirtiéndose en mi sentencia. En ese entonces no medía las consecuencias; mi vida era como un juego de rol: yo ejecutaba un movimiento, tiraba los dados y esperaba que la suerte estuviera de mi parte sin percatarme de que mi jugada consistía en ir directo a la boca del lobo. Y perdí...me perdí a mí misma y lo perdí a él; yo sé que fue mi culpa. Si Luna supiera en lo que he convertido a su hermano, me odiaría tanto que también acabaría perdiéndola a ella. Por eso decidí acabar con esa enfermiza relación; por eso y porque Jack no podía darme lo que estaba buscando.

*"Te dejaré tranquila, si eso es lo que quieres"* me dijo aquel día, hace tres meses, cuando abrí mi corazón y le expliqué lo que sentía. Estaba enamorada de él, me costó admitirlo. Pero cuando las palabras salieron disparadas de mis labios, me sentí liberada...hasta que oí su respuesta.

*"Lo siento, yo no te veo de esa forma"* admitió, negando con la cabeza. Sus ojos café se desviaron, incómodos. Yo suspiré y asentí cabizbaja, mientras en mi interior algo se derrumbaba y los escombros golpeaban con fuerza mi corazón.

*"Entiendo"* mentí, porque la verdad era que no lo entendía. Él era siempre tan atento, tan dulce y cariñoso cuando estábamos a solas. El sexo sólo era la frutilla del postre; aunque, al parecer, no era así para él.

*"Será mejor que dejemos de vernos"* le dije en un susurro. Mis ojos empañados se volvieron fríos y vacíos, como si una parte de mí hubiera muerto en ese instante. Él se limitó a asentir con la cabeza; sus manos soltaron las mías y buscaron refugio dentro de los bolsillos de su pantalón. Luego se dio media vuelta y se marchó, dejándome a merced de mis propios demonios.

Esa era la última imagen que tenía de Jack, una imagen que rumiaba mi mente, cual rata hambrienta, y me quitaba el sueño por las noches. Y ahora él estaba allí, sentado frente a mí, charlando despreocupadamente con uno de sus amigos. De vez en cuando me echaba una mirada furtiva, de esas que buscaba captar mi atención y mantenerme ligada a su antojo. ¿Por qué no podía dejarme en paz? ¿Acaso no se daba cuenta que estaba echándole sal a una herida que aún no había cicatrizado?

Me incorporé del sofá, acomodé la falda de mi vestido y abandoné la sala en dirección al jardín trasero; me urgía tomar aire. Luna me detuvo en

seco, justo antes de salir por la puerta.

— ¡Heeeeey amiga! ¡Vamos a bailar! —insistió, en completo estado de ebriedad. Yo sonreí, intentando mantener a raya mis sentimientos.

—Ya voy, solo quiero tomar un poco de aire —le dije, acomodándole las finas tiras del vestido sobre sus hombros. Ella alzó su vaso con cerveza en el aire, como si brindara consigo misma.

— ¡Salud!

La vi perderse entre la multitud de personas, meneando su trasero como si fuera un pavo real en proceso de cortejo y apareamiento.

Abandoné el bullicio del interior y salí por la puerta; al cerrarla detrás de mí, el sonido de la música apenas se apagó y quedó encapsulado a mis espaldas. Pensé que ojalá la vida fuera así de fácil: uno sale por una puerta y todo lo malo queda atrás, encerrado en un cofre de hierro y enterrado hasta el olvido.

Hacía bastante calor y la gente prefería refugiarse dentro, donde el aire acondicionado era explotado sin pudor alguno. Aún así, había algunas personas afuera.

Alejandra y Victoria, dos compañeras de la primaria con las que yo apenas hablaba, se sacaban fotos a la orilla de la pileta, en el punto justo donde la iluminación les favorecía; a mi izquierda, sentados en las reposeras, tres compañeros de la universidad fumaban y charlaban de deportes mientras devoraban a Ale y Vic con la mirada. Me acerqué a ellos, ladeando la cabeza y sonriendo con sorna.

— ¿Disfrutando de la vista? —inquirí, recargándome contra la pared. Marko se encogió de hombros y me ofreció su cigarrillo. Yo negué con la cabeza; había dejado de fumar hace casi seis meses.

—Digamos que cosas así no se ven todos los días —dijo, llevándose el cigarrillo a los labios. Los otros dos, Lucas y John, brindaron a su favor.

—Por suerte. Si no, ¿qué nos quedaría a nosotras, las feas? —dramaticé, robándole el vaso a Lucas para darle un sorbo a su cerveza.

—A ustedes les quedan los hombres inteligentes —zanjó Marko. —De esos que tienen, como decirlo...belleza interior.

— ¡Ah! ¿Como tú? —bromeé.

— ¡Exacto! —asintió él, completamente orgulloso. — ¿Y qué haces que no

estás cuidándole las espaldas a Luna?

—Necesitaba tomar un poco de aire —me excusé. —Además, me duele la cabeza y la música está demasiado fuerte.

— ¿Ya te han pegado los años, Gabbs? Mira que esa es una señal de peligro...

—No es eso —lo miré con mala cara. —Simplemente no estoy de humor para fiestas.

—Anda, ánimo —me dijo John, haciéndome un espacio en la reposera para que pudiera sentarme con ellos. Le devolví el vaso a Lucas; él me miró como si algo malo pasara conmigo. Intenté sonreír despreocupada, me acomodé el vestido y me senté con ellos.

Pasamos largo rato hablando de la vida misma: de la universidad, el empleo, las nuevas películas que van a estrenarse y de cualquier otro tema que viniera a colación.

El calor no daba tregua, por lo que la necesidad de una cerveza bien fría se hacía cada vez más presente. Entre los cuatro nos bebimos siete latas y eso se reflejó en las risas sin sentido y la inevitable pérdida de motricidad. Pero debo admitir que, por un ínfimo momento, logré olvidar qué hacía allí o por qué estaba de mal humor; olvidé que estaba sufriendo en silencio y, en cambio, me cargué de una efímera y falsa felicidad que se vio reflejada en mi rostro.

—Tengo que orinar —les dije en un momento. Había bebido tanto que no podía seguir aguantando las necesidades biológicas de mi cuerpo. Además, necesitaba secarme el sudor de la cara y ver qué tantos estragos había ocasionado en mi maquillaje.

Dejé la lata vacía sobre el piso, me incorporé y me tambaleé peligrosamente. John alcanzó a atraparme con firmeza y recuperé el equilibrio entre carcajadas.

— ¡Vaya que estás ebria! —soltó, mirándome divertido. Yo me encogí de hombros con inocencia. —Te acompaño al baño, no vaya a ser que te desmayes antes de llegar.

Entramos a la casa; todo me daba vueltas. La gente iba y venía...¿Por qué se movían tanto? La imagen difusa me mareaba y me hacía perder el equilibrio; la música electrónica calaba con fuerza en mi cráneo, retumbando en las paredes óseas que rodeaban mi cerebro. John me aferró con fuerza del brazo y me guió entre la multitud de rostros desfigurados e irreconocibles. Trastabillé al cruzarme con una silla y él soltó una carcajada mientras evitaba que caiga de bruces al piso. Me giré

sobre los zapatos y lo abracé por el cuello, dejando el peso muerto de mi cuerpo a su merced. John se detuvo y me miró, ahora preocupado.

— ¿Estás bien? —oí su voz reverberando sobre la música. Asentí y cerré los ojos.

—Estoy mareada —reconocí, completamente avergonzada. Él sonrió y me abrazó por la cintura, atrayéndome hacia su cuerpo.

—Tranquila, respira hondo—obedecí; inhalé y exhalé el escaso oxígeno del ambiente pero seguía sintiéndome fatal.

Abrí los ojos lentamente y lo observé; era la primera vez que lo veía tan de cerca. Sus ojos verdes se clavaron en los míos y sus labios se arquearon en una sonrisa que pronto se distorsionó, producto de mi estado de ebriedad. Sentí sus manos aferrarse con más fuerza a mi cintura; yo dejé caer las mías sobre sus hombros y permanecí estática, como si estuviéramos esperando a que suene una balada para bailar un lento.

— ¿Mejor? —vi que articuló con sus labios. Asentí aunque me faltaba el aire.

John afianzó el abrazo y yo me sentí más segura y firme. La música seguía retumbando en cada recoveco de mi cabeza, pero por alguna extraña razón encontré la tranquilidad que necesitaba y recargué mi mejilla contra su pecho.

Él se tensó durante un segundo, antes de relajarse nuevamente. Su respiración, cálida y alcohólica, rozaba mi nariz haciéndome cosquillas. Luego la sentí más cerca, tanto que podía saborearla...y eso hice: despegué mis labios y dejé que su aliento se mezclase con el mío. El contacto de nuestras bocas duró apenas un segundo, quizás menos de eso, y no alcanzó a materializarse en un beso porque, en ese preciso instante, Jack nos interrumpió.

—Gabriella ¿Estás bien? —inquirió serio, mirando a John con expresión adusta.

—A ti qué te importa —solté con desgano. John deshizo el abrazo, aunque su mano diestra seguía posada en mi cintura.

—Si me importa —zanjó Jack, enarcando una de sus cejas. Me encantaba hacerlo enojar y, en otras situaciones, me encantaban las consecuencias de su enojo. Pero en ese momento el enfado de ambos era real, no era un simple juego erótico.

—Pues a mí me vale una hectárea de verg...

— ¡Gab! ¿Dónde has estado eh? Aun me debes ese baile.

Luna apareció dando tumbos y se abrazó a su hermano, quien permaneció estático cual gárgola de piedra.

—Estaba afuera, con John y los chicos —le dije, volteando a ver a nuestro compañero de universidad. Él desvió la mirada y se rascó la nuca con maña.

—La estaba acompañando al baño. Está algo pasada de copas...

— ¡Wuju! ¡Esa es mi amiga! — Luna soltó a su hermano y se abalanzó sobre mí para abrazarme. Yo la atrapé y por poco no nos caemos ambas al suelo.

—Veo que no soy la única —dije, mirándola. Detrás de ella capté a Jack alejándose y suspiré aliviada. —Bueno, mejor me voy a hacer lo que tenía que hacer o tendrás que limpiar un charco en el piso de madera —Luna se carcajeó y me liberó de su abrazo. Volteé a ver a John y le sonreí, un tanto apenada. —Estoy bien, creo que llegaré viva.

—Envíame un mensaje cuando llegues —bromeó, dio media vuelta y se perdió entre la multitud. Luna me miró con una de sus típicas y exageradas expresiones de sospecha.

—Solo somos amigos —le aseguré. Ella puso los ojos en blanco.

—Es guapo —pensó en voz alta. —Si tu no lo quieres, yo iré por él —me guiñó un ojo antes de regresar a la "pista de baile". Yo reemprendí mi travesía hacia el baño.

## Capítulo 3

El despertador sonó a las diez de la mañana, tan sólo cuatro horas después de que nos fuéramos a dormir. Despegué mis párpados con somnolencia; la tenue luz que se colaba entre las cortinas alcanzó a deslumbrarme por un momento, obligándome a cubrirme el rostro con las manos. Me dolía la cabeza y sentía la garganta algo reseca, sin mencionar el sabor a alcohol que había prevalecido incluso luego de cepillarme los dientes.

Escuché que Luna se removía en la cama y bostezaba; su sábana se había deslizado por el borde de la cama hasta caer en el piso, justo al lado del colchón donde yo solía dormir cada vez que me quedaba en su casa.

— ¿Por qué tan temprano? —me quejé. Luna suspiró adormilada.

—Tengo que ir a la iglesia —me explicó. Reaccioné que era domingo.

— ¿Es en serio? —le espeté, incrédula. Ella emitió un débil “ajá” en confirmación.

—Tú puedes seguir durmiendo —se incorporó de la cama y la vi tambalearse peligrosamente antes de recuperar el equilibrio. No pude evitar reír por lo bajo.

—Que fuerza de voluntad tienes.

—Ni lo dudes, amiga. Volveré a la una —caminó en puntas de pie hasta el ropero, sacó algo de ropa, tomó los zapatos y abrió la puerta de la alcoba. Antes de salir, se giró para verme. —Iremos en el auto de Jack así que será rápido —se excusó, como si sintiera pena de dejarme a solas.

—Descuida, reza un padrenuestro en mi honor —bromeé; ella frunció los labios y puso los ojos en blanco antes de salir.

Quien no conoce realmente a Luna jamás imaginaría que, detrás de esa fachada de fiestera, se esconde una mujer católica hasta la médula. No la culpo a decir verdad...Entendí desde el primer momento que encontró refugio en la religión luego de haber sido víctima de un abuso sexual a los doce años. No me animé a indagar más en el asunto; sabía lo suficiente como para no querer escarbar viejas heridas que la habían marcado de pequeña.

Me acomodé en el colchón y volví a acurrucarme debajo de las sábanas. Me sentía a gusto y relajada, como envuelta en un cálido y suave abrazo; sin embargo, no logré conciliar el sueño. Habían pasado veinte minutos desde que Luna se fue; la casa estaba sumida en un silencio poco natural, como esos que se forman en las cámaras insonorizadas. Permanecí largos minutos recostada boca arriba y contemplando el techo: estaba tan limpio y pulcro como si recién lo hubieran pintado; ni una mancha de humedad, ni una rajadura...ese techo parecía reflejar el alma de mi amiga, como si lo hubieran construido con fragmentos de ésta. Aquel techo y yo no nos parecíamos en nada. Si realmente representara lo que soy, estoy segura de que estaría lleno de grietas y manchas, tan imperfecto por dentro

como por fuera.

“Me agradan tus imperfecciones” me recordó la voz de Jack en mi mente. Si, había hablado con él sobre mis miedos y mis frustraciones; sobre la forma distorsionada en que me veo y me siento.

“No soy guapa, no soy delgada y mi personalidad es tan aburrida que pondría a dormir a un insomne. Estoy llena de imperfecciones...” le dije una vez.

“¿Siempre eres así de dura contigo misma? Yo opino que eres preciosa...Me agradan tus imperfecciones” repitió.

Y con esa charla murió esa parte de mí que se odiaba tanto y nació otra que se apreciaba aunque sea un poquito. Recuperé la confianza; me sentía lo suficientemente a gusto como para volver a usar vestidos, e incluso me había atrevido a comprar lencería erótica para mis encuentros con él. A Jack le encantaba verme de esa forma y yo me sentía tan libre y plena que me dejé llevar...

Los recuerdos de esa charla me hicieron sentir nostálgica y creer que sus palabras nunca fueron reales. La realidad era otra, él sólo quería alguien con quien acostarse y yo era un blanco fácil. ¿Cómo pude ser tan estúpida?

El sonido de mi teléfono celular me sacó de mis cavilaciones. Estiré el brazo, tanteé el piso y, cuando lo encontré, desbloqueé la pantalla para leer el mensaje. Para mi sorpresa, y como si fuera capaz de leerme la mente o manifestarse cuando pienso en él, era Jack.

Jack: *Buenos días. ¿Cómo te trata la resaca?*

El último mensaje que había recibido de él fue justo hace tres meses, aquel día en que todo terminó. Ahora él había roto el voto de silencio, y yo no podía resistir la tentación de responderle...

Gabriella: *Mejor imposible. ¿No deberías prestarle atención a la misa?*

(Jack escribiendo...)

Jack: *Quizás. Aunque sabes perfectamente que solo vengo para acompañar a mi hermana.*

Jack: *Preferiría estar ahí, contigo...*

Imbécil. ¿En serio? Luego de todo lo que sucedió entre nosotros él insiste en acercarse a mí de esa forma. ¿Algún día se dará cuenta de lo mal que

me hacen sus caprichos?

Gabriella: *Mira, que interesante.*

(Jack escribiendo...)

Jack: ...

Jack: *¿Estás enojada conmigo?*

"No, te parece nada más" escribí, y lo borré segundos después.

Gabriella: *Sólo me pregunto por qué me sigues hablando.*

Jack: *Porque me gustas, y quiero que volvamos a vernos.*

Gabriella: *Pero no quieres salir con nadie ¿Verdad?*

Jack: *No...*

Jack: *No soy muy bueno en las relaciones amorosas. No quiero lastimarte...*

Mi corazón se detuvo por completo. Observé la pantalla...él seguía escribiendo, aunque luego dejó de hacerlo. Cerré los ojos y presioné los párpados con fuerza; las lágrimas empezaban a manifestarse, pero las contuve con terquedad.

Gabriella: *Ya es tarde para eso, ¿no crees?*

Jack: *Lo sé. Lo siento...nunca quise hacerte daño. Pero debo admitir que me encanta pasar tiempo contigo, y no me refiero solo al sexo.*

Gabriella: ...

Jack: *¿Ves? No dejo de meter la pata. En fin...no quiero seguir siendo una molestia. Quería decirte también que en mi habitación, dentro del ropero, está la caja con todos nuestros juegos. Tómala si quieres; si no, déjala y veré qué hago con ella.*

Apagué la pantalla del celular y dejé de responderle. Estaba demasiado aturdida, con el corazón latiendo desbocado dentro de mi pecho. La angustia que me había abordado hace momentos creció y se expandió por mi carne, de la misma forma que lo hace un sarpullido, enardeciéndome por completo y dejándome una horrible sensación en la piel.

Eran las once y media y yo seguía sin la fuerza suficiente como para poder levantarme del colchón. Me sentía pesada, como si mis órganos estuvieran hechos de plomo y mis músculos de un material muy blando y difícil de controlar. Aún así, hice acopio de todas mis fuerzas y me incorporé.

Necesitaba desayunar algo antes de que mi estómago decidiera devorarse a sí mismo, así que fui directo a la cocina y me preparé un café con dos tostadas de trigo que apenas podía tragar. Las palabras de Jack no dejaban de bombardear mi mente, en especial las últimas. No estaba del todo segura de si quería llevarme esa caja; pero, por otro lado, tampoco podía dejársela...después de todo, me pertenecía.

Terminé el café y dejé la segunda tostada por la mitad; en mi estómago azogado ya no cabía más nada. Me incorporé de la silla casi de un salto y salí disparada hacia la alcoba de Jack; al llegar, me detuve en seco y dudé un momento.

“Solo entra, toma la maldita caja y sal de ahí” me dije.

Abrí la puerta y caminé directo hacia el placard, sin detenerme a observar aquel lugar tanto conocía. Empujé la puerta corrediza y encontré la caja en el fondo del piso, escondida detrás de una pila de ropa vieja que aún olía a su perfume. Maldije en todos los idiomas que se me ocurrieron mientras tomaba la caja y la sacaba de ahí. Me detuve por un segundo, observando la tapa de un color gris oscuro y, aunque sabía que no debía hacerlo, me senté en el piso y la abrí.

Aquí estaban, todos y cada uno de los juguetes que él había usado para volverme loca: los dildos, los vibradores, las esposas, la venda para ojos, el flogger de cuero que tanto me gustaba y las pinzas para pezones. Esa caja reunía mis más oscuros deseos y mi obsesión por un muchacho al que no le interesaba tomarse las cosas en serio.

Suspiré; los músculos de mi vientre se tensaron con violencia y no supe cómo reaccionar.

“Esto es muy duro para mí” pensé, cerrando la caja. Odiaba sentirme de esa forma: triste y excitada al mismo tiempo. Era fanática del dolor físico, más no del emocional; y la mezcla de ambos tenía efectos explosivos. Me incorporé nuevamente; el cosquilleo entre mis piernas era intenso, así que apreté los muslos intentando apaciguarlo. Tomé la caja del piso y me marché sin mirar atrás. Faltan cuarenta y cinco minutos para que Luna y Jack regresen.

## Capítulo 4

Escuché sus voces incluso antes de que cruzaran la puerta principal: el canturreo de Luna se entremezclaba con las palabras de su hermano, cuya voz estaba dotada de una tesitura tan difícil de olvidar como su rostro. Algo en mi interior se avivó con brío y rápidamente se extinguió, perdiéndose para siempre en los confines de la realidad. Hasta hace poco pensaba que, a mi edad, nada sería tan difícil de digerir, ni siquiera un amor no correspondido. Pero vaya que estaba equivocada; resultó que todo era incluso más doloroso de lo que podía imaginar. La puerta de la alcoba se entreabrió lentamente y el rostro de mi amiga se asomó con suspicacia. Cuando su mirada me alcanzó, fingí una sonrisa que casi logra engañarla.

—Que cara —musitó, entrando en la alcoba y cerrando la puerta detrás de ella. Yo me encogí de hombros y suspiré con desgano.

—No volveré a beber tanto alcohol en una sola noche —me excusé, echándole la culpa de mi malestar a la resaca. Luna sonrió y los hoyuelos de sus mejillas se profundizaron.

—Vamos Gabs, ni tú te la crees.

—Quizás.

—Nada de quizás. No dejaré que eso suceda. ¿Qué clase de amiga sería si permitiera que dejes de beber?

— ¿Una amiga responsable?... —Luna hizo una pausa y ladeó el rostro pensativa.

—Exacto —chasqueó la lengua y me señaló con el dedo. —Y ambas sabemos que la Luna responsable está de vacaciones...así que no queremos molestarla.

— ¿Algún día piensa regresar de sus vacaciones? —cuestioné, enarcando ambas cejas y observándola de reojo mientras ella se quitaba la camisa de la iglesia para reemplazarla por una sudadera gastada.

—Espero que no —me respondió con inocencia, curvando sus labios en una sonrisa con la que nadie podría enojarse. — ¿Te quedas a almorzar? Vamos a pedir comida china.

—No, gracias amiga. Ya tengo que regresar a casa, las plantas no van a regarse solas.

— ¿En serio me estás cambiando por unas horrendas plantas? —hizo un mohín. Yo asentí. —Vale, vale, le diré a Jack que te lleve.

— ¡No es necesario! —salté alarmada, extendiendo ambas manos en el aire como si le estuviera rogando por mi vida. —Digo...él también debe estar cansado por la fiesta y la iglesia...así que no deberíamos...

— ¡Jaaaack! —gritó ella, callando completamente mis vagos intentos por evitar la situación.

Algunos pasos se escucharon fuera de la alcoba, luego la puerta volvió a abrirse y Jack asomó su rostro. Yo bajé la mirada y contemplé el colchón que aún seguía en el piso.

—No hace falta que grites, no estoy sordo —le respondió con mal humor.

—Uy, vaya que los ánimos están que se van por el retrete ¿verdad, hermanito? —él gruñó por lo bajo. — ¿Te molestaría llevar a Gabriella a su casa?

—Por supuesto que...

—No —salté, alzando el rostro por primera vez. Ambos me miraron fijamente, casi de forma acusadora. Carraspeé. —No es necesario —me corregí, maldiciéndome por dentro.

—En serio no es problema —replicó Jack, casi con culpa.

Yo apreté los labios con fuerza, sintiendo caer toda la presión sobre mis hombros. Ante la presencia de Luna no tenía más excusas ni razones por las que Jack no deba llevarme a casa. Así que, finalmente, acepté.

—Okay, deja que guardo algunas cosas.

Ni bien Jack abandonó la alcoba, Luna se giró hacia mí poniendo una de esas típicas expresiones de desconfianza. Pensé que iba a decirme algo, pero simplemente calló durante algunos segundos antes de empezar a contarme los chismes que se había enterado la noche anterior. Cuando terminé de guardar lo que quedaba de mi ropa dentro de una bolsa plástica (mi bolso se había llenado "misteriosamente"), me calcé los zapatos y ambas salimos de la alcoba.

—Entonces nos vemos mañana —le dije a Luna. Ella acortó la distancia y me abrazó con afecto; yo suspiré entrecortadamente y le devolví el abrazo, uno que no me había dado cuenta que necesitaba hasta ese momento.

—No te olvides de regar las plantas —bromeó ella, aunque en su tono de voz pude percibir la preocupación.

—No lo haré —le respondí, regalándole la mejor sonrisa que pude articular.

—Mentir se te da horriblemente mal...

—Lo sé —admití, agradeciendo que ella no intentara indagar más en el asunto. —Nos vemos mañana.

Retomé el camino empedrado hacia la calle, donde el auto de Jack se encontraba estacionado y en marcha. Lo rodeé por la parte trasera y escuché el suave "click" de la puerta al abrirse para mí. Entré sin atreverme a mirarlo y él tampoco dijo nada, hasta que cerré la puerta del auto.

—Ponte el cinturón.

Obedecí en silencio, uno que ni siquiera la música del estéreo podía quebrar; uno tan profundamente insoportable que hasta a mí me enloquecía. Jack puso primera y avanzó algunos metros sobre el pavimento antes de acelerar. Sus ojos café se mantenían fríos y estáticos sobre la calle, y sus manos firmemente aferradas al volante.

Estar nuevamente en ese auto me cargaba de una tristeza indiscutible, asociada a los recuerdos más hermosos. Así era la vida del adicto: la felicidad duraba mientras la fuente de tu adicción estuviera al alcance de tus manos. Sin embargo, cuando ya no puedes satisfacer esa ferviente

necesidad, la amargura se apodera de tu ser y lo estruja descaradamente hasta que ya no puedes soportarlo. Lo único que te separa de sucumbir ante la tentación es un ínfimo hilo de cordura, tan frágil que con el mínimo soplo de aliento es capaz de quebrarse.

Así me sentía yo en ese instante: frágil y vulnerable, tan adicta a él que no podía mitigar las ganas de volver a encontrarme entre sus brazos.

— ¿Sabes como es el proceso de forja del acero? —me preguntó, sin apartar la mirada del camino. Su voz sonaba incluso más grave que de costumbre y parecía que sus cuerdas vocales se habían empastado dificultándole el habla.

Lo miré por primera vez desde que me subí a su auto y fruncí el ceño molesta. ¿A qué venía esa pregunta? ¿Acaso estaba intentando sacarme charla? Pues no serviría, no de esa forma.

—No —zanjé, intentando sonar desinteresada.

—La forja es un proceso muy antiguo que se utiliza para mejorar las propiedades físicas de algunos metales, como el acero —continuó él, haciendo caso omiso a mi mirada punzante. — Para ello, primero se lo calienta al rojo vivo y luego se lo golpea con un martillo, una y otra vez, hasta que los granos de metal se vuelven completamenet finos y alineados. Lo que se logra es que el acero endurezca por completo y se vuelva cada vez más resistente. ¿Me explico? —asentí. Él me miró de reojo y suspiró; luego presionó el botón de las balizas y estacionó el auto en un espacio vacío de la calle. Cuando apagó el motor, mi corazón también se detuvo.

—Lo que intento decirte es...que soy como un gran trozo de acero forjado, Gabs. Uno al que han golpeado tantas veces que ya es imposible de ablandar.

Se quitó el cinturón de seguridad y me enfrentó; su mirada se había convertido en un gran agujero negro, de esos que habitan en medio del vacío y en cuyo interior no sabes qué puedes llegar a encontrar. Me di cuenta, entonces, que no lo conocía tanto como pensaba. De hecho, Jack era para mí toda una incógnita, un libro cuyas páginas se encontraban pegadas unas con otras y del cual sólo podías conocer su portada.

— ¿A dónde quieres llegar con esto, Jack? —inquirí, con gran esfuerzo.

—Quiero que comprendas que una persona como yo jamás podría hacerte feliz; que detrás de esta...fachada existe una persona que no es capaz de pensar en nadie más que en sí mismo. Que las pocas chicas con las que he salido me dejaron por ser un estúpido egoísta y aburrido. ¿Es eso lo que quieres, Gabriella? ¿Desperdiciar tu tiempo con alguien como yo?

Despegué los labios para replicar pero fui incapaz de hacerlo. Muy en el interior, allí donde mi raciocinio parecía vagar desorientado, sabía que Jack estaba en lo correcto. Sin embargo, no quería aceptar esa verdad; quería vivirla por mi propia cuenta, conservaba la esperanza de que, conmigo, las cosas fueran distintas. Entonces hice lo más estúpido del universo...lo hice muy a pesar de que conocía las consecuencias; incluso a pesar de lo mucho que me costó mantenerme alejada de él.

Me quité rápidamente el cinturón de seguridad y arremetí contra su boca; él me atrapó con sus fuertes manos y saboreó la triste victoria, besándome como si no hubiera un mañana. Sentí la humedad de su lengua intentando abrirse paso entre mis labios y no pude evitar ir a su encuentro y acariciarla con fruición, como quien prueba las primeras gotas de agua luego de días perdido en un desierto. Mi corazón acelerado no hacía más que alborotarse dentro de mi pecho, cargándose de ese júbilo que solo él podía hacerme alcanzar con sus besos y sus cálidos suspiros contra mi piel.

Jack elevó una de sus manos y acunó mi mejilla izquierda mientras me besaba. El calor de su tacto había logrado erizar mi piel y despertar todos mis sentidos, como si hasta ese momento hubiera estado sumida en un profundo e inalterable coma.

Jadeé excitada, fue inevitable, y Jack aprovechó ese momento de debilidad para atrapar mi labio inferior con sus dientes y morderme posesivo. Ahora ambas manos me sujetaban por el rostro, mientras nuestros labios se fundían y las lenguas se acariciaban de forma lenta y cadenciosa.

Apenas habían pasado algunas horas desde aquel reencuentro en el sótano de su casa, cuando le pedí que por favor se detuviera. Ahora simplemente no quería hacerlo...no quería sentir el vacío que dejaba en mi interior cuando no me besaba. Pero, como toda droga, a veces la cura es peor que la enfermedad.

—Te necesito, Jack —gemí sollozante, cuando al fin logré recuperar el habla.

Él recargó su frente contra la mía y dejó salir un suspiro melancólico, mientras recorría mis pómulos con la yema de los dedos.

—Estos tres meses han sido una tortura para mí —confesó, con voz ronca y ahogada. Deslizó sus labios por mi mejilla y siguió hacia abajo, degustando mi enardecida piel con gula. —No sabes cuánto he extrañado tus besos, cuánto anhelo poder hacerte mía una vez más.

—Entonces hazlo —le supliqué, respirando con dificultad. En mi bajo vientre pude sentir cómo toda esa tensión se derretía y resbalaba directo hacia mis bragas. —Vamos a mi departamento...

—Estás loca, Gabriella —musitó.

—Lo estoy... —reconocí, sintiéndome completamente absurda. Pero él volvió a besarme, esta vez de forma breve y tierna. Luego se apartó, se colocó el cinturón de seguridad y encendió el automóvil.

—Vamos a tu departamento —dijo.

## Capítulo 5

Y fue ese el preciso momento en el que todo se fue a la mierda.

Bastó con una sola mirada de Jack para hacerme enterrar mi promesa en lo más profundo de mi alma, allí donde planeaba abandonarla por un buen rato.

¿Por qué no podía ser más fuerte y determinante?

Él no me quería; él sólo quería poseerme y dejarme a su antojo, como un niño que se aburre de jugar con el mismo juguete y lo deja ahí tirado para que otro lo levante. La sola idea de imaginarlo me enfurece.

Nuevamente me invadió la necesidad de detenerme ahí y pensar en frío. Quería pedirle que me dejara ir y no volviera a hablarme nunca más, aunque eso me hiciera derramar más lágrimas. Sabía que me bastaría con varios días de llorarlo en silencio y que luego esa sensación amarga iba a desvanecerse...pero él siempre regresaba, dispuesto a impregnarse en lo más profundo de mi piel.

Aparcó el auto justo en la esquina del edificio, aquella antigua construcción que había logrado adquirir luego de muchos años de esfuerzo y ahorro. Estábamos a poco más de treinta metros y la idea de salir corriendo se me hacía cada vez más tentadora.

— ¿Estás bien?

Me sobresalté al oír su voz y volteé lentamente a mirarlo. Mis mejillas, normalmente pálidas, adquirieron la misma tonalidad que mi vestido.

—Estoy bien —mentí. Para ser completamente sincera, en mi cuerpo se libraba una batalla sangrienta entre el deseo y el sentido común.

Jack esbozó una sonrisa, de esas malditas sonrisas que le hacían olvidar hasta mi nombre; luego tomó mi mano, la acercó a sus labios y besó el dorso con delicadeza, un gesto que destruyó por completo mis defensas, mis dudas y cualquier tipo de remordimiento.

Bajamos del auto, caminamos los treinta metros hasta el edificio, entramos y subimos a mi departamento. Todo sucedió de forma tan fugaz, que por un momento sentí que había perdido la noción de la realidad. Pero allí estaba yo, cerrando la puerta del departamento y dejando del otro lado a mi yo realista.

Me giré hacia Jack, casi en cámara lenta, y lo encontré de espaldas a mí, observando con curiosidad las fotografías que recientemente había

colgado en la pared. Había una en la que estaba con mis padres y mi hermana menor en la playa; otra de mi perra, cuando era apenas una cachorra de tres meses y, por supuesto, una con Luna. De alguna forma había pensado que aquellas fotografías lograrían darle algo de vida, a pesar de mi mal gusto para la decoración de interiores.

— ¿Quieres algo de beber? —le ofrecí, mientras abandonaba el bolso (y todo lo que tenía encima) sobre una de las sillas de la cocina.

—Si, gracias.

Busqué dos vasos limpios en la alacena, una botella de limonada y algo de hielo. Al servir el jugo, mis manos temblaban tanto que tuve que aferrar con fuerza la botella y el plástico se deformó bajo mis dedos. No podía entender por qué estaba tan nerviosa; de hecho, no me reconocía a mí misma. Sin poder evitarlo, le atribuí toda la culpa a la tensión que emanaba entre nosotros.

Afortunadamente, Jack no pareció percatarse de mi batalla perdida en contra de los nervios y seguía examinando mi departamento como si fuera la primera vez que ponía un pie aquí dentro.

Luego de guardar la botella en la nevera, tomé los vasos y me acerqué a él.

— ¿Tiene algo de malo mi cocina? —lo abordé, entregándole uno de los vasos de limonada. Él rió por lo bajo y negó rápidamente.

— ¿Por qué tendría algo malo? —se burló, esbozando una sonrisa torcida.  
—Es solo que...hace mucho que no venía.

—Ajá.

—O quizás es porque conozco mejor tu habitación.

Su comentario hizo que me atragante con el jugo, casi escupiéndolo accidentalmente; la acidez del limón me dejó una sensación horrible en la garganta.

—Quizás —musité ahogada, apretando con fuerza los párpados.

Dejé el vaso sobre la mesa ratona detrás nuestro y él hizo lo mismo antes de avanzar hacia mí. Su mirada me acechaba, encriptada y perversa, destilando deseo por las pupilas.

—No me molestaría conocer el resto del departamento así —me susurró al oído. Luego rozó mi mejilla con los labios; estaban tan fríos que me

estremecí.

—Jack —jadeé.

Su mano izquierda se posó en mis caderas, atrayéndome más hacia su cuerpo. Estaba cerca, demasiado cerca como para siquiera pensar en hacerme la difícil. Lo único que atiné a hacer fue ladear la cabeza y permitirle saborear mi cuello.

Un delicioso escalofrío se apoderó de mí en el momento en que succionó y mordió mi piel, justo en ese punto que él sabía me enloquecía. Sentí una fuerte punzada en la parte más baja de mi vientre y mis músculos se tensaron en respuesta a la creciente excitación. Él sabía lo que me gustaba; conocía aquellos puntos donde mi carne era débil e imprudente, así como yo conocía los suyos.

Estiré mi mano libre hacia adelante y acaricié su entrepierna: ya estaba completamente firme y listo para actuar; lo demostró presionándose contra mi mano.

El sexo con Jack siempre había sido excepcional, apasionado, exquisito...a veces hasta rudo, pero así me gustaba. En mi mente no había espacio para el sexo suave y aunque disfrutara de vez en cuando de esos momentos, al final mi cuerpo siempre pedía más y más. El verdadero problema estaba en que, luego de estar por primera vez con él, ya ningún otro hombre era capaz de satisfacerme, y eso que lo he intentado un par de veces. Quizás era esa la principal razón por la que, luego de tantos años, seguía soltera. Sin embargo, esa ferviente necesidad de acostarme con Jack se fue convirtiendo en algo más profundo...ya no se trataba simplemente de saciar mi peculiar sed de sexo, sino de mantener latiendo mi obsesionado corazón. Así, tal y como se encontraba latiendo ahora mismo: de forma desenfadada y con regocijo.

—Date vuelta —musitó, con la voz ronca y la garganta reseca. Yo obedecí, girando lentamente sobre las puntas de mis zapatos.

—Me encanta cuando te pones en plan de dominante —admití sin remordimiento. Él presionó su cuerpo contra mi espalda, haciéndome sentir su erección entre las nalgas.

—Lo sé —rió. Sus manos varoniles subieron por mi cintura hasta atrapar mis pechos. — ¿Quieres más?

—Si...

— ¿Si? —sus dedos encontraron fácilmente los pezones endurecidos y no dudaron en presionarlos y retorcerlos. Yo ahugué un gemido y apreté con

fuerza los muslos.

—Si, por favor...

Sus manos buscaron el cierre de mi vestido para quitármelo y dejarme en ropa interior. Eché mi cabeza hacia atrás y busqué sus labios completamente sedienta. Él me besó imponente, aferrándome con fuerza por las caderas.

— ¿Dónde está...?

—En mi bolso —respondí rápidamente, sin esperar a que terminara de hacer la pregunta. No era necesario.

—Buena chica, espera aquí y no voltees a ver.

Cerré los ojos y asentí, mordiéndome el labio inferior. Apenas oí sus pasos recorriendo la distancia hasta la silla donde había dejado mi bolso y, por un momento, sentí la curiosidad de espiar. Sin embargo no lo hice, me excitaba más el hecho de no saber con qué iba a someterme.

Escasos minutos después, regresó a mi lado.

—Manos atrás de la espalda.

Estiré mis manos hacia atrás y enseguida sentí el frío de las esposas de metal cerrándose contra mis muñecas. Sonreí involuntariamente, pues era justo lo que esperaba que hiciera.

Cuando jaló de las cadenas, dejé que me guiara, caminando algunos pasos hacia atrás y a la derecha en dirección al sofá.

—Inclínate —ordenó, posando una mano sobre mi espalda y presionando firmemente hacia adelante. Uno de sus pies se coló entre los míos y los separó, dejando mis piernas bastante abiertas.

Me incliné con cuidado y recargué la mejilla contra el respaldo del sofá. En ese instante pude verlo a los ojos: su expresión se mantenía seria pero lasciva, y eso me excitaba aún más.

— ¿Estás cómoda?

—Si —respondí en un susurro.

—Perfecto, porque te vas a quedar un rato así...

— ¿Qué? ¿Por cuánto tiempo? —me quejé, pues aunque estaba cómoda

sabía que no iba a durar mucho tiempo así.

—Hasta que tenga todo listo ¿Vale?

Dudé por algunos segundos, pero finalmente suspiré y asentí. Era un maldito...un maldito que me hacía desearlo sin piedad.

La verdad perdí la cuenta de los minutos que estuve así, esposada e inclinada con mi trasero hacia atrás. Lo único que sé es que, cuando Jack regresó, mis piernas temblaban por el dolor en la planta de los pies.

—Me gusta cuando me obedeces —musitó, inclinándose sobre mí para besar mi espalda baja. Yo me retorcí por las cosquillas.

— ¿Tengo otra opción? —respondí sarcástica, pero graciosa al mismo tiempo.

—Eres una mujer bastante desafiante ¿Sabes? Quizás debería dejarte así otra media hora...

— ¡¿Qué?!...No, por favor Jack, no puedo esperar más.

— ¿En serio?...veamos —corrió mis bragas hacia un costado y dos de sus dedos buscaron, inescrupulosos, la entrada a mi intimidad.

Cerré los ojos y sentí como, muy lentamente, los iba introduciendo hasta llegar a los nudillos. Mi cuerpo entero reaccionó, haciéndome estremecer y mojarme aún más. Era demasiado...demasiado fuerte para mí, sobre todo después de lo que había sucedido la noche anterior. Me sentía refugiada en el mismísimo infierno, uno del que no podía (ni quería salir), y el sabor de sus besos era el veneno que abrasaba mi carne.

—Vaya, es cierto... —susurró a mi oído, con tono burlesco. —Ya estás lista para mí.

Retiró sus dedos cuidadosamente, mientras que su mano libre acariciaba sin cuidado mis nalgas. Entonces separó la palma y me dio una fuerte nalgada que casi me hace gritar. El ardor en mi piel era tan intenso como el placer que me invadió en ese instante.

—Jack —susurré, completamente enloquecida.

— ¿Quieres más? —me ofreció, con la voz completamente ronca, mientras acariciaba suavemente la zona donde me había azotado.

—Si, por favor...

Volvió a separar la palma y yo contuve el aliento ansiosa. La segunda nalgada fue incluso más fuerte...más placentera. Él sabía con exactitud dónde y con qué intensidad someterme, y eso me volvía completamente loca por él.

Presionó sus caderas contra mi cuerpo y pude sentir cómo su erección se clavaba entre mis nalgas. Quería que lo desee; su juego sucio siempre se basaba en hacerme perder la cabeza hasta el punto de suplicar que me penetre. Pero en este caso no fue así, sino todo lo contrario.

Escuché a mis espaldas el sonido de sus zapatos golpeando contra el piso, cinturón siendo aflojado y el cierre bajando lentamente. En ese momento, mi vientre se contrajo de deseo.

Intenté espiarlo sobre mi hombro pero sólo alcancé a ver su bello rostro, completamente sumido en la perdición, casi como si estuviera poseído. Me regaló una sonrisa antes de bajarme las bragas para quitármelas, dejándolas sobre el borde del sofá. Acomodó la punta de su virilidad en la entrada entre mis muslos, humedeciéndola un poco para facilitar su ingreso. Entonces me penetró muy despacio, lo suficiente como para amoldar la estrechez de mi sexo alrededor de su miembro. Yo apreté los ojos y gemí, tirando la cabeza hacia atrás. Sentí entonces ese delicioso escalofrío que me recorría cada vez que él entraba en mí por primera vez, acompañado por un poco de dolor.

—Estás tan apretada —musitó lascivo, retirando lentamente su miembro. Pero antes de que éste saliera por completo, volvió a penetrarme, esta vez con más fuerza. Yo volví a gritar y acompañé su movimiento con mis caderas. La sensación era simplemente maravillosa, adictiva. Era como éxtasis corriendo por mis venas y encendiendo mis terminaciones nerviosas.

Las manos de Jack rodearon mi cuerpo y buscaron rápidamente el borde de mi sujetador para levantarlo por encima de mis pechos y liberarlos de su prisión de tela. Apretaban y pellizcaban; jugaban con la zona más sensible y erógena de mis senos, hasta que la electricidad nubló por completo mi mente. Cada roce de su piel quemaba; cada uno de sus suspiros contra mi cuello hacían que en mi interior se revolucionaran todas las células, que se tensaran todos mis músculos y se contorsionara mi vientre. Entonces empezó a darle más velocidad a sus caderas, entrando y saliendo tan profundo como nuestros cuerpos nos permitían.

Mis manos permanecían firmemente esposadas, tanto que ya empezaba a sentir el adormecimiento en mis dedos. Pero nada de eso me importaba, pues el placer borraba por completo cualquier otra sensación de mi cuerpo.

— ¡Más! —supliqué, empujando mi cuerpo hacia él.

Jack clavó sus dedos en mi piel y aumentó la fuerza de sus embestidas, tanto que con cada estocada me hacía ver las estrellas. Eché mi cabeza hacia atrás y él aprovechó para besar y morder mi cuello, mientras su mano derecha se colaba entre mis piernas para masturbarme. Sentí que, si seguía así no duraría mucho más.

— Estoy demasiado cerca —admití, entre jadeos. Él siguió moviéndose dentro mío hasta que decidió detenerse por completo.

—Aún no, Gabriella...

Entonces salió y, con sumo cuidado, me quitó las esposas y me ayudó a incorporarme. Sólo en ese momento pude percatarme del dolor que sentía en mis piernas y el entumecimiento de mis manos. Pero no era nada grave, incluso hasta era divertido.

Me giré hacia él y besé sus labios, los saboreé como quien disfruta de un festín navideño. Él respondió, penetrando mi boca con su lengua y abrazándome por la cintura.

Casi con desesperación me arranqué el corpiño y lo ayudé a quitarse el resto de su ropa. Necesitaba verlo completamente desnudo; sentir ese cuerpo firme contra el mío una vez más.

La ropa cayó al piso y yo me dejé caer en el sofá para quedar a la altura de su pelvis, tomar su miembro con la mano y empezar a practicarle sexo oral. Jack soltó un suspiro ronco y posó sus manos en mi cabeza para guiar los movimientos, mientras yo saboreaba esa deliciosa mezcla de su sexo y el mío.

—Tócate —me pidió.

Yo lo miré de reojo y asentí levemente antes de empezar a masturbarme. Lo hice con cautela, la suficiente como para mantenerme encendida pero no para alcanzar el orgasmo, pues quería que él me lo diera. De vez en cuando lo miraba desde abajo, deleitándome con sus expresiones de disfrute. Me encantaba verlo así...me encantaba saber que él lo estaba disfrutando tanto como yo; me encantaba él, en todas sus facetas.

—Eres demasiado buena —susurró, separándose lentamente de mí y llenando sus pulmones de aire. Yo sonreí divertida, pues eso mismo era lo que él hacía cada vez que estaba a punto de acabar y contenía sus ganas. —Acuéstate en el sillón.

Obedecí, dejándome caer hacia un lado y levantando mis piernas sobre el sofá para recostarme. Acto seguido, Jack se subió sobre mí, separó mis

muslos y volvió a penetrarme. Sus manos sostuvieron mi rostro y sus labios alcanzaron los míos, besándome apasionados. Me invadió una nueva e increíble sensación de placer mezclado con dulzura, algo que caldeaba mi pecho de forma agradable.

Levanté las piernas y rodeé sus caderas con ellas, permitiéndole llegar más profundo. Él me penetró con fuerza, una y otra vez.

Ambos jadeamos; ambos sudamos y disfrutamos de aquel acto que tanto habíamos anhelado durante esos meses. Ambos cedimos ante la tentación y nos dejamos llevar por la lujuria que nos embargaba. Ambos explotamos de placer y le regalamos al otro el mejor de los orgasmos, mientras yacíamos abrazados sobre el sofá del living.

Ambos reconocimos, aquella tarde de verano, que no podíamos vivir sin el otro. Ambos declaramos nuestro amor, como dos adolescentes que se enamoran por primera vez.

Y esa fue la última vez que vi a Jack.

## Capítulo 6

— ¿Mononucleosis?

—Ajá...

— ¿Y dices que es contagioso?

—Muy... —tosí, o al menos intenté que sonara a eso. Como sea, Luna se lo creyó como un niño que cree en Santa Claus.

—Ay amiga... ¿Y cómo dices que te lo agarraste?

Demonios...eso no lo había pensando.

—En el subterráneo.

— ¿El subte?

—Si ya...ya sabes, mucha gente conglomerada...virus volando por todos lados —volví a toser, aunque esta vez era para disimular la voz quebrada por el atisbo del llanto.

—Dios mío...bueno, espero que no me lo puedas contagiar a través del teléfono.

Luna soltó una de sus risitas bobaliconas y yo necesité morderme los labios para no delatar mi llanto ya incipiente. Odiaba tener que mentirle...realmente odiaba la situación, pero no me quedaba otra que desaparecer por un tiempo de su vista, pues no podía dejar que me viera así de desarmada.

Entonces ideé un plan; uno muy ingenioso. Una enfermedad contagiosa, hasta para quien respira el mismo aire, y lo suficientemente fuerte como para dejarme "en cama" durante al menos un mes...aunque eso me cueste el cuatrimestre entero en la universidad. ¿Tenía otra opción? ¡No! Claro que no la tenía. Mi otra opción era contarle que su hermano me había vuelto a romper el corazón y que esta vez sí me dejó indefensa.

Realmente pensé que, a mi edad, ya no era posible que me sintiera como una adolescente dramáticamente deprimida. Pero me equivocaba, vaya que me equivocaba. Ni bien me enteré que Jack no contestaba mis mensajes porque se había ido del país, el alma se me deshizo de la misma forma que se desarmen las alas de una polilla entre los dedos, dejando nada más que un polvo oscuro que mancha las huellas digitales. Eso era yo ahora: una mancha, una mancha que era molesta y difícil de quitar, o al menos eso debía ser para Jack, pues se fue sin más...sin siquiera

despedirse.

Maldito hijo de puta. Lo hizo de nuevo, y yo volví a caer ante el mejor de los timadores. Y lo peor...lo peor era que aún lo amaba.

Lo amo...

Lo amo y lo odio al mismo tiempo.

Y así como lo amo, lloro. Llora porque me duele su partida.

—Hey... ¿Sigues ahí? —Luna me trajo de nuevo a la realidad, como si tirase de una cuerda amarrada a mi cintura. Sentí el tirón y reaccioné, casi sobresaltada.

—Lo siento, deben ser los medicamentos que me están dopando. Mejor voy a dormir...

—Vale —Luna suspiró largo y tendido. Por un momento pensé que estaba a punto de decir algo y se contuvo. —Entonces te pasaré lo que veamos en clase y hablaré con los profesores para que no te cuenten las faltas.

—No es necesario, creo que este cuatrimestre lo voy a dejar.

— ¡¿QUÉ COSAS DICES MUJER?! —apreté con fuerza los ojos y retiré el teléfono de mi oído, aún con su vocecilla retumbando en mi mente. De otro lado, escuché su tsunami de histeria. — ¿Cómo que vas a dejar este cuatrimestre? ¿Con lo bien que te va y esas notazas que tienes? ¡Debes estar bromeando!... ¡Lo vas a pasar, aunque tenga que ir a tu casa a llevarte los apuntes y respirarme todos tus gérmenes!

—Vale, vale, cálmate. Tienes razón. Es que me siento tan mal que lo único que quiero ahora es meterme a la cama y dormir.

Verdad.

—Okay...okay, descansa ¿Si?

—Si.

—Y me llamas si llegas a necesitar algo ¿Vale?

—Vale.

—Te quiero, amiga.

Y de nuevo esas ganas de romper en llanto y de contarle toda la verdad.

—Y...yo...a ti. Hasta mañana.

Colgué el teléfono antes de que se diera cuenta que ya no podía contener el llanto, y entonces me deshice nuevamente. Volví a convertirme en cenizas sobre el pavimento, de esas que el viento sopla y esparce; de esas que la gente ignora porque está acostumbrada a ver semejante espectáculo.

Llevaba así como doce horas...si, exactamente doce horas habían pasado desde el momento en que me enteré que Jack se había ido a Dinamarca. Y eso que ya venía sintiendo ese sabor agrio en la garganta desde mediados de la semana, cuando abandoné toda esperanza de que contestase mis mensajes. Sabía que la cosa iba a salir mal, aunque no esperaba que fuera tan mal.

—¡Maldito! —grité entre rabietas, enterrando el rostro en la almohada.

Ni siquiera podía dignarme a tirarme en el sillón y llorar mientras veía alguna película patética, porque el solo hecho de ver el sillón ya me hacía tener un ataque de angustia que me dejaba sin aliento.

Debería quemar ese sillón...

De hecho, debería quemar toda la casa y mudarme a otro vecindario. ¡O mejor aún! A otro planeta...uno en el que no haya hombres.

—Pero eso sería huír —me contesté a mí misma, mientras abrazaba la ya húmeda almohada. —Huír es para cobardes... ¡ERES UN MALDITO COBARDE!

Unos golpes secos contra la pared del cuarto me hicieron sobresaltar. A los vecinos no les simpatizaba que estuviera gritando a todo pulmón a esa hora de la tarde. Y no los culpaba, por más ganas que tuviera de mandarlos al demonio y seguir con mi sinfonía de insultos.

Imagino que hace algunos días tuvieron que oír algo peor que esto...así que debe tratarse de Karma.

—Mejor me mudo a otro planeta —susurré, cerrando mis ojos y dejando que las lágrimas escurrieran por mis mejillas.

\*\*\*

Desperté, horas después, en medio de la oscuridad de mi habitación. Me había sumido en un sueño tan profundo que el tiempo y el espacio parecieron desaparecer frente a mis ojos y dejarme con la mera sensación de la existencia.

Busqué a tientas mi teléfono y miré la hora. Eran las once menos cuarto de la noche. Demasiado tarde para hacer algo productivo, pero demasiado temprano como para volver a dormirme.

Afortunadamente el hambre había vuelto, así que decidí despegarme finalmente de la cama e ir a la cocina a prepararme algo para cenar.

Por desgracia, no había nada demasiado apetecible en mis alacenas, así que opté por unas pastas secas con algo de salsa de tomate que tenía en el congelador, quien sabe desde cuándo.

Cené en silencio, mirando a un punto fijo que hasta entonces no me había llamado tanto la atención. Era un punto entre el marco de la puerta y la pared del pasillo que, a decir verdad, no tenía nada de especial. Ni siquiera existía...pero en mi mente era lo suficientemente atractivo como para que lo mirase durante lo que tardé en acabarme el plato de pasta.

Luego de lavar los trastes, volví a la cama y me puse a mirar series en la laptop. Un capítulo atrás del otro, hasta que empecé a sentirme somnolienta a eso de las cuatro de la mañana.

Era viernes, el mejor día de la semana para los que no trabajamos los sábados. Y en tres horas tenía que levantarme para ir a la oficina.

¿Por qué no podía decir en el trabajo que tengo mononucleosis? Ah, claro, porque ellos me piden justificativo médico...

Llegué a la oficina quince minutos tarde, luego de quedarme dormida con el celular sonándome en la mano. Saludé al guardia de la entrada con un ligero movimiento de mi cabeza y él me devolvió una sonrisa medio torcida y escondida por un largo y poblado bigote blanco.

Dejé el bolso sobre el escritorio y fui a la cocina a servirme un café recién hecho. Saludé al muchacho de la limpieza y a dos de mis compañeras que debatían el final de una serie que yo ni siquiera estaba mirando.

Iba en modo automático, como si fuera un robot que, día a día, repite las

mismas acciones.

Regresé a mi escritorio; encendí la computadora; dejé el bolso en el piso y me puse a trabajar.

—Que mal te ves —me dijo Richard, el encargado de ventas.

Levanté la vista por encima de mis anteojos y me encogí de hombros.

—Esto es lo que pasa cuando te quedas viendo series hasta las cuatro de la mañana y ya no eres tan joven —Richard rió, siempre reía de mi sarcasmo. Y yo me reía de sus chistes ácidos. Por eso nos llevábamos tan bien.

— ¿Qué no tenías nada mejor que hacer? Como...¿dormir?

—Dormir es para mortales —le espeté.

Él rió, pero en seguida sus facciones reflejaron la preocupación.

—En verdad te ves muy mal, Gabriella. ¿Te sientes bien?

Lo miré en silencio; mis ojos me delataron.

—Estoy bien —susurré con un hilo de voz tan quebradizo como el cristal.

—Solo creo que me está por dar gripe o algo.

—Entonces deberías ir al médico.

—Quizás.

—Ve a hablar con tu supervisora y pídete el día. No creo que se niegue.

—No. Tengo que terminar esto, o me dará días libres para el resto de mi vida —el hombre se encogió de hombros y levantó las palmas de las manos.

—Como digas. Si llegas a necesitar algo, me dices.

—Claro, gracias Richard. ¿Cómo está tu mujer? —cambié radicalmente el tema, y eso a él pareció no importarle en absoluto.

— ¡Genial! Ella está realmente bien...su barriga no deja de crecer, y eso que recién va en el quinto mes de embarazo.

—Eso suena maravilloso —le digo sincera, esbozando una pequeña

sonrisa. — ¿Ya saben qué sexo es?

—Aún no...y no queremos saberlo. Queremos que sea sorpresa...aunque, entre nos, espero que sea una niña.

Sus ojos se iluminaron con un destello cargado de magia, de esos que solo una persona así de enamorada podría emitir. Me dio hasta ternura verlo.

— ¿Y cómo te gustaría llamarla si es una niña?

—Katherine.

—Es un nombre muy bonito...

—En verdad lo es. Aunque también me gusta Amelia.

—No, mejor Katherine —le sugerí, riendo por lo bajo. Él puso los ojos en blanco y me devolvió la sonrisa.

—Te veo en el almuerzo.

El día transcurrió fugazmente, como si de repente hubieran quitado varias horas del reloj. Quizás era por la cantidad de trabajo que tenía que entregar y lo intensa que se había puesto mi supervisora para que termine todos esos informes. Sea lo que sea, le agradecía estar atormentando mi mente durante todo el día laboral; al menos así evitaba pensar en Jack.

Al terminar la jornada, mis compañeras me invitaron a ir por unas cervezas al bar de la esquina, pero las evité diciendo que necesitaba dormir (lo cual no era del todo mentira) y regresé a mi departamento.

Pero algo extraño sucedía...Cuando metí la llave en la cerradura, me di cuenta que la puerta estaba abierta.

Imposible...Yo no pude haber sido tan descuidada de dejar la puerta sin llave. En ese momento me recorrió un escalofrío gélido de pies a cabeza.

Ladrones...habían entrado a robar, y probablemente seguían adentro.

Sentí como toda la sangre de mi cuerpo bajó a mis pies, dejándome la cabeza completamente incapaz de reaccionar. Pegué la oreja a la puerta e intenté escuchar ruidos como de cosas revueltas o voces, más no escuché nada.

Llenándome de un valor que era realmente inexistente, busqué en mi bolso el gas pimienta que llevaba siempre conmigo por seguridad, y le quité la traba de seguridad. Lentamente fui empujando la puerta con la

otra mano, mientras apuntaba a la oscuridad con el gas pimienta.

Entré en silencio, cautelosa, dejando la puerta entreabierta para tener una vía de escape rápida y asegurada. Entonces empecé a avanzar por el pasillo hasta la cocina; no había nadie allí. Giré hacia la sala de estar, y me encaminé hacia mi alcoba. Para ese entonces ya estaba pensando qué tanto podía hacerle daño a un ladrón si le arrojaba a la cabeza el jarrón de porcelana que había hecho en un curso de manualidades. Quizás antes lo mataría de espanto, porque el jarrón era realmente horrible.

Llegué a la alcoba; la puerta estaba cerrada a medias. Tomé aire y conté mentalmente hasta tres antes de empujarla de una patada y apuntar el gas pimienta hacia la persona que se encontraba dentro.

— ¡¿QUÉ DEMONIOS HACES AQUÍ?! —chillé, al borde del colapso mental.

—Yo quisiera saber exactamente por qué tú no estabas aquí —me reprochó Luna, cruzándose de brazos. —Y también por qué mierda mentiste...

—Luna... —musité, bajando la guardia y resoplando, entre aliviada y molesta.

— ¿Vas a explicármelo de una vez? —me regañó, manteniendo su postura arisca.

Yo bajé la mirada y me abracé a mí misma, temblando cual potrillo que acaba de salir del vientre de su madre. Luna enseguida reaccionó, como si su mente estuviera íntimamente conectada a la mía; se acercó a mí y me abrazó con la fuerza de una madre protectora. Y yo rompí en llanto, cuando creí que ya no tenía más lágrimas por derramar.

## Capítulo 7

—Dios mío... ¿Qué te pasó?

Luna seguía abrazándome y yo seguía derramando lágrimas sobre su blusa blanca, jadeando como un perro en pleno verano.

—Gabi, por favor...

Me guió hacia la cama y nos sentamos al borde. Para ese entonces, yo ya tenía todo el cabello revuelto y el maquillaje corrido por todo el rostro; mi nariz había enrojecido y mis párpados estaban hinchados como dos uvas de estación.

—Tranquila...tranquila —susurraba, mientras acariciaba mi cabeza.

No tengo idea de cuánto tiempo estuve así, incapaz de emitir algo más que jadeos y llantos ahogados, con Luna abrazándome e intentando apaciguar mi alma. Lo único que sé es que, cuando el tormento terminó, no era capaz de mirarla a los ojos.

—Lo siento mucho —musité. Me costaba respirar aún.

—Me tienes muy preocupada, Gab... nunca antes me habías mentido ¿Acaso estás enojada conmigo y por eso huyes de mí?

— ¿Qué?...N...No ¿Cómo crees que podría estar enojada contigo?

—No lo sé, amiga. Te estás comportando de forma muy extraña hace tiempo ya.

Me separé apenas y la miré, mientras me enjugaba las lágrimas con la manga de la chaqueta. Quizás era el momento de contarle toda la verdad.

—Estoy enamorada de Jack —admití.

Su nombre sonaba tan doloroso que sentí como si unas cuchillas me rasgaran la garganta con cada letra de su nombre. Luna me miró fijamente, aunque su rostro no expresaba sorpresa alguna.

—Lo sé —dijo, curvando apenas sus labios en una sonrisa pesarosa.

— ¿Lo sabes? —inquirí, completamente atónita.

—A ver...Jack es mi hermano y tú eres mi mejor amiga. Tendría que ser ciega para no darme cuenta de esas chispas que volaban entre ustedes

cuando se veían. Además, Jack está loco por tí desde el momento en que te vio por primera vez.

—No exageres —resoplé, poniendo los ojos en blanco.

—No exagero...no con esto. Me di cuenta mucho tiempo antes de que siquiera se te note a ti. De hecho, creo que tú apenas lo veías como hombre en ese entonces.

—Si tanto me desea... ¿Por qué se fue, eh? ¿Por qué sigue tirándome el anzuelo y cortando la línea cuando lo atrapo?

—Ay, Gabi...mi hermano es un completo idiota. Pero tiene sus motivos.

— ¿Es decir que lo defiendes? —salté alterada. Ya me imaginaba cortando para siempre nuestra relación de mejores amigas.

— ¡Claro que no! Él es mi hermano, pero tú eres mi mejor amiga y odio verte mal, sea por el hombre que sea —hizo una pausa y se relamió los labios lentamente, como si estuviera meditando palabra por palabra que iba a decir. —Es una historia bastante complicada, amiga. Creo que ni siquiera yo la sé con lujos de detalles...pero imagino que su partida fue premeditada. Él solo quiere protegerte.

— ¿Para protegerme? ¿Acaso un grupo de mafiosos quiere su cabeza y hará todo lo posible por llegar a él, aunque sea secuestrándome? —bufé, completamente indignada. Luna negó y desvió la mirada, con aire nervioso.

—No, no tiene nada que ver con eso.

— ¿Entonces?

—Tiene que ver con las cosas que vivió...que vivimos cuando éramos pequeños.

— ¿Qué quieres decir con eso? —esperaba lo peor, y estaba segura de que lo era.

La historia de la niñez de Luna no era algo de lo que a ella le gustase hablar, aunque pocas veces había dicho algún que otro comentario. Esa era su forma de canalizarlo...de demostrar que lo había superado, por más jodidamente turbulenta que fuera. Así, a pesar de todo, nunca había metido a su hermano en la ecuación.

—Gabs...recuerdas eso que te conté, ¿lo del malnacido de mi vecino?

“El que abusó de ti” pensé, más me limité a asentir.

—Pues...verás —hizo una pequeña pausa y tomó una bocanada de aire.

En ese instante sentí que mi mejor amiga estaba a punto de desmayarse, pero tampoco pude detener su relato. Necesitaba saberlo todo y atar esos cabos que parecían sueltos hace tiempo. De hecho, pensar en ello me hizo sentir algo culpable, aunque no lo suficiente como para detener sus palabras y decirle que estaba todo bien y que no tenía por qué contarme.

—Mis padres eran muy amigos de él y de su mujer —continuó —por eso es que, el día en que mi abuelo tuvo el primer ACV y ellos tuvieron que salir de urgencia, nos dejaron a su cargo. Ese día empezó la pesadilla. Me dijo que quería jugar un juego y que, para que sea divertido, tenía que hacer todo lo que él dijera. Le pregunté si Jack también podía jugar y dijo que no, que sólo era un juego de a dos pero que él podía mirar— me explicó Luna, con la voz entrecortada. —Nos llevó hasta la habitación de nuestros padres y cerró la puerta con llave. A Jack le dijo que tenía que quedarse quieto y callado, que si abría la boca automáticamente yo perdía el juego. Así que eso hizo...se quedó sentado, observando como ese maldito me manoseaba y descargaba todo su cinismo en mí a pesar de mis llantos y mis súplicas. Le dije que me dolía mucho, que me estaba lastimando, y él se limitaba a sonreír y a decir que el dolor ya iba a pasar y que lo estaba haciendo muy bien. ¿Sabes qué hizo cuando acabó sobre mí?— espetó, yo negué con la cabeza incapaz de hablar— Me dijo ¡Muy bien! Has ganado el juego y el premio es otra ronda...

Me quedé petrificada, incapaz de recuperar el habla. Lo que acababa de escuchar trascendía incluso los límites de la repugnancia humana.

Luna me miró y automáticamente supo lo que estaba pasando por mi cabeza. No necesitaba ser adivina para entender que mi mundo, ya de por sí derrumbado, ahora estaba de cabeza como el suyo propio.

—Ese hijo de puta —continuó ella —lo obligó a ver todo lo que hacía conmigo. Cuando Jack se percató de que lo que hacía estaba mal y quiso detenerlo, lo golpeó y lo obligó a callar, amenazando con matarme si le decía a alguien lo que pasaba. Tomó años de terapia poder superar ese momento. Incluso hay días en los que recuerdo con lujo de detalles todo lo ocurrido. Pero, de todas las cosas que padecí, ver la expresión aterrada en su rostro lleno de lágrimas fue sin lugar a dudas la peor.

—Luna... —musité. La disnea ya se había transformado en un enorme nudo de lana en mi garganta.

—No te pido que lo perdones, Gabs. Pero si te pido que intentes

entenderlo y que sigas adelante. Al menos hazlo por mí.

Me miró fijamente, con sus ojos cristalizados por unas lágrimas que no pensaban caer. Yo suspiré, bajé la mirada y asentí en silencio. Sin lugar a dudas Jack tenía un pasado tan oscuro como el de su hermana.

Entonces me sentí increíblemente irracional y estúpida. Mis problemas amorosos eran apenas una microgota dentro de un océano infinito llamado vida.

—Lo haré. De hecho, ya lo hice —minimicé el asunto, apenas esbozando una sonrisa. Mis manos, sin embargo, se mantenían aferradas firmemente a las de ella, como si temiera que fuera a caerse en cualquier momento. —Entonces ¿te quedas a cenar y vemos unas películas?

— ¿Películas? —enarcó una ceja y curvó sus finos labios en una sonrisa seductora. —Tengo otros planes para este viernes a la noche. Ve a ducharte, parece que te has metido en una pelea de reclusos en la comisaría y has perdido...más de una vez.

—Vale, tu ganas...saldremos.

\*\*\*

Las luces del boliche podían apreciarse incluso a varias cuadras de distancia. Se trataba de una disco retro, donde pasaban los éxitos musicales de los años setenta y ochenta, y el alcohol estaba tan barato que ya había personas desmayadas en la vereda.

Me giré hacia Luna y la miré con una ceja en alto.

—Tranquila, sabes bien que no dejaré que eso te pase —me dijo, tomándome de la mano y jalándome hacia la entrada del boliche.

—Me preocupa más que tú termines así —le confesé, soltando una carcajada. Pero ella negó con la cabeza rápidamente.

—Hoy no, mañana tengo que estar bien despierta y sin resaca para poder rendir el examen de anatomía. Hablando de eso, invité a algunos de los chicos de la clase.

— ¿Ah si? —no entendía cómo hacía ella para que las personas lograsen salir de fiesta, incluso un día previo a un examen. Pero así era ella, persuasiva cual vendedora de primer nivel.

Entramos gratis, porque Luna conocía al personal de seguridad quien sabe de dónde, y enseguida ubicamos a nuestros compañeros sentados frente a la barra. Vic fue la primera en darse vuelta y agitar su mano en el aire

para que nos acerquemos. Estaba increíblemente radiante, con su cabello rojizo atado en un rodete y un vestido corto que acentuaba sus curvas a la perfección. A su derecha, Marko y John compartían una botella de cerveza, ya casi vacía, y del otro lado había otra chica cuyo nombre no recordaba, pero que estaba segura haberla visto por los pasillos de la universidad.

—Nancy —se presentó, elevando su voz sobre la música a todo volumen. La saludé con una sonrisa y luego a los chicos, intentando no ponerme roja cuando la mirada de John se clavó en mí.

—Ven, pidamos un trago —me dijo Luna al oído.

Nos acercamos a la barra, entre Vic y Nancy, y pedimos un Destornillador y un Daikiri de fresa, los cuales saboreamos sin demasiada calma. Las chicas cursaban anatomía juntas, por eso es que no conocía tanto a Nancy como lo hacía Luna; pero enseguida se ganó mi empatía cuando empezó a hablar de mi novela literaria favorita.

Estuvimos charlando un rato largo, hasta que la música aumentó al punto de no dejarnos interactuar. Entonces fue momento de ir a la pista.

Formamos un círculo, en el que cada cual respetaba su mini-espacio personal, y bailamos al ritmo de la música ochentosa, inventando pasos de baile que jamás habían existido. Al cabo de diez minutos, ya estaba completamente acalorada y cubierta de sudor, por más que llevase una blusa sin mangas y de tela bastante fresca. Me acerqué a Luna y le dije que iría por algo de beber y, de paso, descansaría un poco los pies. Ella asintió sonriente y siguió con su baile entre sensual y exagerado.

El círculo se cerró automáticamente en el momento que abandoné mi mini-espacio. Me aproximé a la barra y me recliné sobre ella para señalarle al bartender lo que quería de beber. Luego de algunos minutos, me extendió una copa de Margarita bien helada y yo bebí como si no hubiera un mañana. Estaba deliciosa y fresca, tanto que la terminé en cuestión de segundos y necesité pedir otra para saciar la ansiedad.

Cuando la butaca a mi lado se desocupó, me subí a ella y observé a mis amigos en la pista. Luna ya estaba bailando con su nueva conquista: un chico de cabello oscuro y largo, de hombros anchos y facciones varoniles, mientras que Vic y Nancy bailaban con John y Marko respectivamente. Agradecí no estar metida en medio y me reservé el hecho de sentir la vergüenza de quedarme bailando sola.

Al cabo de otra Margarita empecé a sentir que mis capacidades psicomotrices disminuían, así que pedí una botella de agua mineral y la

empiné lentamente, dejando que refresque mi garganta.

Un muchacho, de unos veinti-tantos años, se acercó a mí y me extendió su mano, invitándome a la pista. Lo observé bajo la luz parpadeante del boliche y me pareció que no tenía pinta de asesino serial, así que tomé su mano y fui a bailar con él.

Empezó a sonar "I just can't get enough" de Depeche Mode y el ritmo se apoderó de esa pequeña parte de mí que deseó haber nacido en esa época. El muchacho sonrió al verme bailar e imitó mis pasos a la perfección. Era un excelente bailarín y se movía con gracia. Sus manos tomaron las mías para guiarme y hacerme girar sobre la pista de baile, yo me dejé llevar por él y disfruté cada beat de la canción, hasta los últimos segundos. Entonces él se acercó a mi oído para presentarse, mientras una nueva canción sonaba en el boliche.

—Me llamo Esteban —dijo, con un acento extranjero difícil de identificar.

—Bailas muy bien —yo reí y me puse incluso más colorada de lo que ya estaba.

—Gabriella. Y tú también bailas bien.

— ¿Gustas bailar otra?

—Por supuesto...

Bailamos nuevamente, aunque esta vez nuestros cuerpos se acercaron mucho más y sus manos aferraron mi cintura. Sus dedos eran firmes y recorrían mi espalda baja sin escrúpulos. Normalmente me habría puesto nerviosa y mantenido una distancia prudente, pero en ese momento nada me importaba...estaba relajada y la estaba pasando más que bien.

Cuando terminó la canción, nos fuimos al patio de fumadores a tomar algo de aire viciado. A pesar del humo de tabaco, estaba increíblemente agradable afuera. Soplaban un viento exquisito que logró despabilarme y refrescarme.

La luz era tenue, pero alumbraba lo suficiente como para poder ver a Esteban con claridad y, a decir verdad, era bastante lindo. Tenía la piel de un color canela y ojos oscuros como su cabello corto a los costados. Sus facciones eran redondeadas, aunque varoniles, y sus labios finos se curvaban en una sonrisa que dejaba entrever unos dientes blancos y alineados.

Se encendió un cigarrillo y hablamos un poco de nosotros mismos. Me contó que venía de Colombia y que ya hace varios meses se había establecido en la ciudad. Estudiaba economía en una universidad privada,

que pagaba trabajando como profesor de la escuela media.

Yo le conté un poco sobre mi vida, mi trabajo y mi carrera, mientras el cigarrillo se deshacía lentamente con cada pitada. Le expliqué que venía con un grupo de amigos, que probablemente en cualquier momento empezarían a buscarme. Él rió con picardía y se acercó un poco más a mí. El aroma de su perfume, mezclado con el sudor y el cigarrillo, me resultó una combinación rara y exquisita.

—Entonces no te quito más tiempo —concedió, metiéndose la mano en el bolsillo del pantalón para sacar una tarjeta de presentación. —Llámame si te interesa ir a tomar algo conmigo.

Tomé la tarjeta y la miré por un segundo antes de guardármela en el bolsillo trasero de mis jeans. En ese momento me dieron ganas de olvidar que venía acompañada y quedarme un rato más con él. Pero Marko apareció por la puerta y se acercó a mí.

—Disculpen ¿interrumpo algo? —rió, metiéndose las manos en los bolsillos en busca de su encendedor. Esteban rápidamente le ofreció fuego y encendió su cigarrillo. —Gracias. Gabriella, las chicas dicen de irse porque tienen que madrugar mañana. Con John queríamos ir a jugar unas partidas de billar. ¿Quieren venir?

Miré a Esteban de reajo, pero él negó rápidamente con un movimiento de la cabeza.

—Gracias, pero creo que paso. No sé jugar billar —rió, encogiéndose de hombros. —Fue un placer conocerte, Gabriella —se inclinó hacia mí y besó mi mejilla. Yo me puse de todos los colores humanamente posibles.

—Gracias por el fuego —le dijo a Marko, estrechando amistosamente su mano antes de perderse nuevamente en la oscuridad del boliche.

— ¿Y? ¿Vienes?